

Cuadernos del Sur

AÑO 12 - Nº 22-23

Octubre de 1996

Tierra
del fuego

¿Los trabajadores? De nuevo en la plaza



Esta nueva entrega de *Cuadernos del Sur*, a diferencia de otras anteriores, está exclusivamente dedicada a una única problemática: la situación y las perspectivas del sindicalismo. La razón es sencilla. El sindicalismo de nuestros días, que definiría sus estructuras organizativas y sus modalidades de lucha conforme las condiciones reinantes en el capitalismo de posguerra, es cuestionado con la propia crisis de ese capitalismo de posguerra. Pero, a la vez, parece recuperar su centralidad a lo largo de importantes luchas sociales, respondiendo en las calles a los conocidos pronósticos de un recemplazo del movimiento obrero por los llamados “nuevos movimientos sociales”. Basta, para ilustrar esta situación, atender al caso de los sindicatos franceses, cuestionados por una profunda caída en la tasa de sindicalización y a la vez ejes de las grandes movilizaciones contra la supresión de derechos sociales de comienzos de año. Estos dos elementos, la crisis del modelo de sindicalismo vigente y el dinamismo que la organización sindical de los trabajadores conserva, constituyen las coordenadas de la problemática que nos ocupa en este número.

Aunque con una serie de rasgos específicos, la problemática del sindicalismo argentino puede inscribirse en ese esquema amplio. Importantes conflictos puntuales, que vienen desarrollándose durante los últimos meses al margen de las conducciones orgánicas —como los de Cornec respecto de la UOM y otros— deben tenerse en cuenta en este sentido. Sin embargo, fueron los paros generales del 8 de agosto y del 26-27 de septiembre los que pusieron de manifiesto, de una manera privilegiada y generalizada, los elementos arriba mencionados. Se trató de acciones exitosas; si cabe, *demasiado* exitosas. Acciones que evidenciaron la capacidad del movimiento obrero de responder masivamente a los atropellos del “ajuste” y de sumar en su respuesta a otros sectores de la sociedad (pequeños comerciantes, amas de casa, etc.). Y acciones *demasiado* exitosas,

atendiendo a las limitaciones que las actuales organizaciones sindicales enfrentan y que igualmente se evidenciaron en ambos paros: diversidad de estrategias entre la CGT, el MTA y el CTA en el paro del 8, pugnas entre sectores sindicales que culminan en enfrentamientos y cambios de conducción, desfasaje entre el discurso vacío de nuevo Secretario General, Daer, y la combatividad desarrollada en la plaza el 26. Parece haber sido su propia potencialidad movilizadora la que puso de manifiesto, en los dos meses pasados, la crisis del sindicalismo.

La situación y las perspectivas del sindicalismo argentino deben, sin embargo, evaluarse teniendo en cuenta el contexto de mantenimiento de la convertibilidad con recesión económica, de profunda crisis social y de pérdida de iniciativa política por parte del gobierno menemista. La recesión en la que se sumergiera la economía argentina desde mediados de 1994 -desnudada más tarde por el denominado *efecto tequila*- continúa y al menos hasta ahora ha desacreditado los cotidianos pronósticos de recuperación aventurados por los gurús del *stablishment*. Problemas que durante los primeros años de la convertibilidad existían en estado larvado o parecían salvables, como el aumento del desempleo y el persistente déficit fiscal, aparecen entonces con una brutalidad sin precedentes.

Y por sobre todo, las capacidades de disciplinamiento social que caracterizaban a la convertibilidad en sus tiempos de "prosperidad", gracias a la estabilidad monetaria y la expansión del consumo, se desgastan ahora aceleradamente. El reemplazo del Ministro Cavallo, uno de los saldos de esta etapa recesiva, no condujo ciertamente a un abrupto cambio de rumbo en la política económica menemista. Pero bajo la conducción del nuevo Ministro Fernández, la misma parece perder iniciativa y convertirse en una estrecha administración de ajustes contables fondomonetaristas que agravan la recesión, aunque el sector externo sigue mostrando dinamismo. Se reactivan en consecuencia las pugnas entre las distintas fracciones de la burguesía y las diferencias entre la burguesía y el gobierno -véanse los sucesivos posicionamientos del «grupo de los ocho» durante los últimos dos meses-, es decir, los disensos que Cavallo había congelado mediante las privatizaciones y otras políticas de reestructuración ahora agotadas. Y mientras tanto, se descompone el consenso construido alrededor de la convertibilidad, desgajándose los desocupados, que ya nada tienen para perder, los trabajadores cuyos salarios son recortados y pagados con retraso, e incluso los sectores medios acosados por los impuestos y las deudas.

Esta situación viene acarreado importantes modificaciones del pano-

rama político durante los últimos meses. Se profundizan las diferencias internas en el gobierno, como pudo verse a propósito de la votación del último paquete de ajuste entre los diputados, y en el partido gobernante, como puede constatarse en los apresurados realineamientos internos con vistas a la sucesión de Menem. Los partidos burgueses de la oposición, antes por los vacíos dejados por el menemismo que por iniciativa propia, ganan espacio y obtienen algunas victorias importantes –como el Frepaso y la UCR en las elecciones de la Capital Federal–, mientras comienzan a delinear estrategias de alianza para las legislativas de 1997 y las presidenciales de 1999.

Sin embargo, en las bases de la sociedad esta situación viene abriendo también una brecha para la resistencia y la movilización. El gobierno, forzado a recuperar el terreno perdido, parece dispuesto a jugarse al todo o nada, es decir, a llevar su ofensiva contra los trabajadores hasta sus últimas consecuencias (desregulación de las obras sociales, flexibilización laboral, segunda reforma del estado, etc.), que incluyen también represión. No se puede hablar del sindicalismo hoy sin recordar que hay más de 400 dirigentes y militantes sindicales procesados, varios con pedido de captura y algunos detenidos, que en breve serán sometidos a juicio. Iniciativas como la del apagón, cuyo éxito superó ampliamente las estrecheces políticas de sus organizadores, vienen ocupando esta brecha abierta. Sin embargo, los paros generales y movilizaciones del 8 de agosto y del 26-27 de septiembre parecen haber vuelto a ubicar a la clase trabajadora en el centro de esa brecha, imponiendo la necesidad de abrir un debate sobre la crisis del actual sindicalismo y las perspectivas de un nuevo sindicalismo clasista en la Argentina.

A este debate, necesario e impostergable, que esperamos estimular dedicamos, íntegramente, el presente número doble de *Cuadernos del Sur*.

AB / RL
Buenos Aires, octubre 1996